

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen
Volume **48**

Número
Number **4**

Julio-Agosto
July-August **2005**

Artículo:

Editorial. Las vacaciones

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Facultad de Medicina, UNAM

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)

Editorial

Las vacaciones

Manuel Quijano

Estamos ya en plena primavera, con el cielo despejado, vientos benignos, temperatura suave y el recuerdo todavía reciente de la Semana Santa en Cuernavaca sumergidos en la piscina defendiéndonos de las pistolas de agua que los bisnietos se empeñaban a dirigir contra nosotros. Y no puedo menos de recordar que por muchos años de mi vida me resistía a suspender las tareas diarias y, cuando lo hacía —inclusive para asistir a un Congreso—, a los pocos días me urgía ya regresar. No obstante, al mismo tiempo y como todo el mundo, desde niño, consideraba que existen dos clases de vida, la del trabajo, palabra que originariamente significó tormento (*tripalium*), la de ocupaciones forzosas, penosas y la del descanso, sin imposiciones ajenas, de molicie y felicidad. El llamado interior que me inclinaba a posponer las vacaciones o a volver antes de tiempo, deseo por otra parte transitorio, se debía a ese recóndito secreto que existe en el ser y se llama vocación.

De hecho existe en todos los humanos una necesidad periódica de cambio, de apartarse provisionalmente, de evadirnos de nuestro entorno estricto; de divertirse, pero es erróneo que eso se logre sólo mediante situaciones cómodas, pasivas y exentas de penalidades. Imaginemos un señor entrado en carnes, en la cincuentena, alto ejecutivo de finanzas que en las mañanas es llevado por su chofer casi hasta la puerta de su oficina; ahí está todo el día ocupadísimo y con problemas serios hasta que en la noche el chofer lo lleva a su casa. Pues bien, planea con meses de antelación sus vacaciones con 4 ó 5 amigos de la misma afición. Toman un avión hasta el seco y montañoso noreste, después se trasladan por automóvil en caminos de terracería por dos o tres horas y ahí los esperan caballos que después de otras tres horas los depositan en el campamento. A la mañana siguiente cada quien con su guía y cargando un rifle caminan kilómetros, comen sentados en una dura piedra, alimentos fríos y secos, siguen en búsqueda de la presa hasta reencontrarse en la noche con los otros, contarse sus aventuras muy adornadas e ingerir comida modesta, aligerándola con whisky. Esto se repite por tres días y vuelven a su casa sin haber cobrado una pieza, tal vez cansados y asoleados, pero felices. Pues aseguran que esa es la verdadera vacación y no una estancia en Acapulco, pegado al teléfono y arreglando con la secretaria los mismos diarios asuntos.

Los animales tienen un repertorio de conducta fijo que les dictan sus instintos y se dejan vivir. El hombre en cambio tiene que dedicarse a vivir, inventarse un repertorio de actividades para llenar espacio vacío y encontrar obligaciones, que-

haceres, ocupaciones e inclusive hacerse un programa de existencia particular. Con ello esquivo la maldición bíblica y mediante reflexiones secundarias ennoblece el trabajo hasta convertirlo en la manifestación más apropiada de la ética. Aunque repitan en la TV que la vida que todos deseamos es estar recostados en una playa tropical, acompañados de una mujer escultural y sorbiendo una bebida fría, la verdadera felicidad se logra mejor en ocupaciones para las cuales se tiene una singular vocación. Y si ejecutamos actividades arduas no es tanto por estimación a ellas sino por el resultado que tras sí dejan, aunque en el caso de las ocupaciones vocacionales sí hay algo de mera complacencia.

No deja de ser curioso que en las dos últimas décadas se han desarrollado mucho lo que llaman los deportes extremos porque exigen un adiestramiento muy difícil, una disciplina vigorosa, son extenuantes y arrostran serios peligros. En mi momento hice excursiones atrevidas como bajar todo el río Lacan-ha, el Lacantún y el Usumacinta en una lancha inflable de menos de cinco metros de eslora, permaneciendo en la selva chiapaneca cinco días sin ver un ser humano; o atravesé el mar de Cortés de Guaymas a Mulegé, a la península en la misma lancha, en un viaje casi suicida. Se busca la felicidad a sabiendas que una parte mínima de ella es el placer; se da por entendido que la felicidad se encuentra más en la actuación, en el esfuerzo, en el rendimiento y la autosatisfacción. Buscamos despojarnos de preocupaciones, índole y modo de ser, cambiar el talante del personaje diario, queremos sumergirnos en la naturaleza y rebrota en nosotros el hombre silvestre. El campo no nos es nunca exótico, nunca es un desconocido, se acopla en forma natural al más espontáneo yo; al entrarnos en la naturaleza virgen nos sentimos en casa de inmediato; volvemos a encontrarnos en la atmósfera fresca y fragante de la adolescencia aunque nunca haya sido nuestro entorno habitual, ni nativo ni de recuerdos, pero el campo no es ni siquiera una novedad sino nuestro hogar de siempre y ahí está nuestro yo más espontáneo y genuino.

Nuestra condición es tan paradójica que para seguir siendo “naturales” debemos encontrar cada día algo no sólo nuevo sino difícil, esforzado, peligroso y artificioso, como esos esquiadores que no sólo se lanzan al vacío desde alturas respetables, sino que en el vuelo dan volteretas para caer en la nieve en fácil desliz, como los paracaidistas que descienden muchos metros sin abrirlo o como los jovencitos de las patinetas capaces de acrobacias increíbles. Lo natural es emigrar de nuestro mundo diario al

mundo de “afuera”, pero no como turista que sólo resbala la mirada sobre lo nuevo sino en la situación de alerta máxima.

En 1970 emprendí con la familia entera, entonces de niños chicos, un viaje a Oaxaca hasta Miahuatlán, para ver un eclipse de sol y a pesar de saber de antemano cómo era y haber visto fotografías, en el momento en que la luna cubrió la totalidad del círculo y se vio una mancha negra rodeada de la famosa corona, la alegría de todos se volvió inenarrable. Luego me felicitó un amigo psiquiatra por ser capaz todavía de sorprenderme, al parecer una capacidad netamente humana y de alta jerarquía. Pero ¡cuidado! estoy cometiendo el pecado de hablar de mí mismo. Como disculpa diré que es difícil escribir algo sin meterse en el pensamiento o la experiencia de algún personaje —como hacen los novelistas—, e igualmente difícil quedarse fuera de la trama de las ideas.

Pero hablaba del trabajo: Keynes, el famoso economista inglés de la primera mitad del siglo pasado se atrevió a predecir que con el avance de la tecnología la jornada y los días semanarios de trabajo se reducirían a cuatro o cinco y surgiría el problema del ocio. Hay que interpretar esto diciendo que es menos difícil trabajar que divertirse. Pues ya se dijo que hay un trabajo forzoso, alienante, que se hace a disgusto aunque claro proporciona medios para vivir, y el trabajo no ineludible, no impuesto por un tercero y que entra dentro del repertorio de las aficiones, de las vocaciones. Para distraer-

nos, para divertirnos no basta con suspender las ocupaciones formales; es preciso encontrar algo que nos agarre, que aca-pare nuestro interés y exija de nosotros el estado de alerta máximo y ofrezca un premio en la propia satisfacción. La vida normal es pesadumbre, tenemos que llevarla sobre los hombros, gracias a la fuerza de la voluntad, pero hay otra, como la fugaz de los cazadores del ejemplo de líneas arriba, en que es ella la que nos lleva ingrávidos sobre sus hombros y es todo ligereza y alegría.

Como dice Erich Fromm en *Ética y psicoanálisis* “el hombre es el único animal que se siente expulsado del paraíso”.

El hombre es un tráfugo de la naturaleza: ahí inició su historia, cazando para comer, luchando contra los elementos, pintando las grutas, y cuando en el siglo XXI, la vida lo fastidia con sus sainetes políticos, envidias de sus allegados, rutinas en la labor diaria, embotellamientos, disgustos y calor, todo ser humano puede buscar un alivio volviendo transitoria y hasta artificiosamente al campo, donde halla descanso de sus congéneres, de las opiniones que nos imponen y de los prejuicios que les descubrimos. Por algo, en todos los países y en casi todas las ciudades, hay un monumento con esa diosa encantadora apenas núbil, de pie ágil, seno breve, de túnica corta sujeta en la cintura, que porta arco y flechas, va seguida por un perro y se pierde misteriosa y casta en el fondo de los bosques que constituyen su reino.